CONATUS NAVIGANDI

Zarpando a los mares del Sur

UNA APROXIMACIÓN FILOSÓFICA

19 DE NOVIEMBRE DE 2026 · DÍA MUNDIAL DE LA FILOSOFÍA

Alfred North Whitehead

Cortar entre posibilidades

Hay decisiones que esperan tiempo amarradas al muelle, sin zarpar — ideas que dan vueltas, proyectos que se posponen mes tras mes en las mismas conversaciones. No todo puerto es escala de un viaje; algunos son fondeaderos donde el barco lleva tanto tiempo detenido que casi olvida que tiene velas. El tiempo pasa, las fuerzas menguan, las oportunidades escasean. Por eso hay algo casi sísmico en el hecho de reservar un pasaje a la Antártida. La distancia que hay que cruzar no es geográfica todavía: es la distancia mínima, ridícula en apariencia, entre el muelle y el agua — la que separaba el deseo del acto. Reservar el pasaje es la decisión que, en términos de Whitehead, corta entre posibilidades y convierte un deseo que daba vueltas como pura potencialidad en una ocasión actual, antes de que el perpetuo perecer del tiempo lo agote.

Edmund Husserl

Tirarse al charco

Conviene detenerse un instante en lo que en realidad ha ocurrido: se ha reservado un billete al fin del mundo. Eso es todo. No hay en ese gesto ninguna ontología, ninguna categoría; hay un cuerpo que va a subir a un barco de verdad, un frío que va a sentir de verdad en la piel, un puerto concreto del que va a zarpar en una fecha concreta. Husserl le dio un nombre a este suelo previo a toda teoría: "*Lebenswelt*", "*el mundo de la vida*", el mundo tal como se vive antes de que la ciencia —o la filosofía— lo revista con su traje de ideas. Toda la reflexión que sigue, como la presente, no es más que eso: un traje. Legítimo, quizá incluso necesario para entender lo que ha pasado, pero segundo. Primero estuvo el "*tirarse al charco*".

Martin Heidegger

La tonalidad afectiva previa

Pero quizá dar vueltas a una idea sea ya una descripción demasiado generosa con la razón. Heidegger tiene una palabra para lo que probablemente ocurría antes de que hubiera siquiera idea que darle vueltas: "*Stimmung*", el temple de ánimo, la tonalidad afectiva en la que uno ya se encuentra sintonizado antes de pensar nada. No es una emoción que se elige ni un estado que sobreviene después del análisis; es lo que hace posible que algo —un continente, un billete, un puerto de partida— empiece siquiera a significar. Es razonable sospechar que este viaje no fue nunca, en el fondo, un proyecto racional que las conversaciones fueron perfilando mes a mes. Fue, antes que nada, un temple: algo ya afinado, esperando desde hacía tiempo el acto que por fin lo hiciera visible incluso para quien lo llevaba dentro. La deliberación no fabricó el salto. Solo puso, por fin, nombre y fecha a una tonalidad que ya estaba ahí.

Søren Kierkegaard

Del dicho popular al acto de fe

Hay determinadas decisiones —embarcarse en un gran viaje, o en cualquier otra empresa difícil— que tienen un punto de irracionalidad: exceden la ponderación del cálculo de probabilidades, rozan lo absurdo en sentido kierkegaardiano. Por eso, cuando las tomamos, nos justificamos, casi como reconociendo una culpa. Hay una sentencia acuñada por el tiempo, un dicho popular, que recoge exactamente esta fenomenología: "*tirarse al charco*". Como todo dicho, es un concentrado de palabras, una síntesis conceptual, un condensado de sabiduría que en dos términos expresa toda una filosofía. El verbo "tirarse" nombra con precisión la estructura formal del salto: una decisión que se toma sin poder calcular del todo las consecuencias, y que por ello conserva un punto de improbabilidad y de irracionalidad. Comparte también el carácter no gradual del gesto. No se dice meterse poco a poco en el charco — la expresión implica un movimiento discreto, todo o nada, un antes y un después, y por último una decisión irreversible: una vez dado el salto no hay marcha atrás, y solo cabe esperar las consecuencias del impulso. El propio charco, además, implica ensuciarse, salir del terreno limpio y seguro. No es "*dar un paso*" ni "*arriesgarse*" en abstracto: es meterse en algo turbio, imperfecto, donde no se controla del todo qué hay debajo del agua. En lo sustancial, y a su escala, tirarse al charco es un acto de fe — el mismo que Kierkegaard desdobla en dos momentos. Primero la resignación infinita: partir sabiendo que esto puede tener un coste, y asumirlo pese a todo. Después el acto de fe propiamente dicho: creer, de una manera que la razón no puede justificar del todo, que se saldrá del charco sano y salvo, y que todo seguirá en su sitio como antes de tirarse. Reservar un billete —trámite burocrático, banal, un formulario y una tarjeta de crédito— es, fenomenológicamente, indistinguible de ese salto: por fuera es un clic; por dentro es la disolución de todas las razones que durante años lo aplazaron. No decidió con una lista de pros y contras que por fin se inclinó a favor. Decidió porque, en algún momento, el cuerpo se cansó de esperar a la cabeza. La decisión no como conclusión de un argumento, sino como agotamiento de la espera.

Hans Blumenberg

El trabajo del mito frente al absolutismo de la realidad

Toda experiencia humana frente a lo desconocido necesita, tarde o temprano, convertirse en relato. Blumenberg lo explicó con una claridad que no ha envejecido: el ser humano no puede sostener la mirada directa sobre "*el absolutismo de la realidad*";

solo puede acercarse a ella interponiendo lenguaje, imagen, narración, una distancia que convierte lo abrumador en habitable. La dura navegación por los mares del sur, con su oleaje y su incertidumbre, y la propia estancia en el hielo antártico, son dos formas distintas de ese absolutismo: el mar que no negocia con quien lo cruza, el continente que no ofrece nombre ni referencia previa a quien lo pisa. Por eso la entrada que se escribirá después, las fotografías tomadas a bordo, los vídeos grabados frente al hielo, no serán un simple recuerdo posterior del viaje: serán, en sentido estricto, el trabajo mismo de hacerlo habitable. Blumenberg tituló su libro más ambicioso "*Arbeit am Mythos*", el trabajo del mito, precisamente porque ese trabajo de interposición nunca es un gesto único ni definitivo: cada fotografía, cada línea escrita, cada plano grabado será un modo de interponer relato entre el cuerpo que atraviesa esos mares y esa indiferencia que no da tregua ni explicación. No se trata de dominar la travesía ni de domesticar el hielo —nada de eso está al alcance de quien viaja—, sino de conseguir, palabra a palabra e imagen a imagen, que ambas experiencias, la dureza del mar y el silencio del continente, se vuelvan transitables para quien las atraviesa. No es el mar el que se vuelve más manejable, ni el hielo el que se ablanda: es la propia experiencia interior de quien viaja la que encuentra, en el relato que va construyendo, un cauce por el que discurrir sin quedar atrapada en el puro asombro o el puro miedo. Contar lo que se está viviendo, incluso mientras se vive, es ya empezar a poder llevarlo dentro sin que desborde: convertir el vértigo en experiencia transitable psicológicamente, algo que la conciencia pueda recorrer y no solo padecer.

Simone Weil

La atención como espera sin objeto

Queda, sin embargo, una pregunta que ni el salto ni el relato resuelven: qué hacer cuando por fin se llega. Simone Weil ofrece una respuesta que es casi el reverso de las anteriores. Para ella, la atención no es un esfuerzo de quien aprieta los dientes ni una tensión sobre el objeto, sino lo contrario: suspender el pensamiento, dejarlo disponible, vacío y penetrable, y esperar con él a que lo real entre. Su palabra, *"attente"*, nombra la espera, y comparte raíz con la atención; esa doble herencia devuelve al puerto del principio un sentido que no tenía. Lo que parecía demora fue quizá siempre un aprendizaje: una atención todavía sin objeto, afinándose en el muelle hasta que hubo mar al que mirar.

Weil sostenía, además, que la atención es *"la forma más rara y más pura de la generosidad"*. Generosa porque no toma nada: no explica, no cataloga, no convierte lo que tiene delante en materia para una idea propia. Mirar el hielo de ese modo es concederle el derecho a ser lo que es antes de que nadie le ponga nombre.

Aquí su pensamiento discute, con afecto, con el de Blumenberg. Interponer relato, fotografía y vídeo entre el cuerpo y la realidad puede volverla habitable, pero también puede ocupar el lugar de la mirada: quien filma el glaciar corre el riesgo de atender al encuadre y no al glaciar. Hay un silencio que no conviene llenar demasiado pronto. El del continente no es una carencia de sentido que haya que remediar, sino una forma de presencia que solo se deja oír a quien renuncia, por un rato, a hablar.

Quizá esa sea la última enseñanza del viaje: que tras el salto de Kierkegaard y el trabajo del mito de Blumenberg queda una tarea más callada, la de mirar sin pedirle nada al hielo. Primero el temple, luego el acto, luego el relato; y al final, si se logra, la atención pura, que Weil, fiel a su tradición mística, no distinguía de la oración.

Baruch Spinoza

El salto como idea adecuada

Spinoza sería el invitado incómodo de esta mesa, porque pone en duda la premisa misma: que alguien "se tire" al charco. Para él, creernos libres para decidir es la ilusión de quien conoce sus actos pero ignora las causas que los mueven. El billete al fin del mundo no se compra desde ninguna parte exterior a nosotros, sino que brota de lo que ya éramos, de ese esfuerzo por perseverar en el propio ser que llama *conatus*. Lo que desde dentro se vive como un salto sería, mirado con mejor luz, la maduración necesaria de un deseo cuya causa no veíamos. Pero esto no vuelve vana la decisión: pasar de la pasión, que nos arrastra sin entender por qué, a la idea adecuada, que nos hace comprender, es ya un aumento de libertad. Para Spinoza, zarpar es comprender por fin hacia dónde nos llevaba la corriente, y no tanto vencerla.

Arne Næss

El conatus que se ensancha

Næss, el filósofo noruego, recoge el *conatus* de Spinoza y lo saca de la frontera de la piel. Si cada cosa se esfuerza por perseverar en su ser, y si ese «ser» no es una isla sino un nudo en una trama de relaciones, entonces el empeño de navegar ya no se agota en quien zarpa. Montañero antes que filósofo de despacho, y fiel a Tvergastein, la cabaña que levantó en 1937 a unos 1.500 metros, al pie de la pared de Hallingskarvet, en el corazón de Noruega, Næss llamó ecología profunda a esa ampliación: identificarse con el río, con el glaciar, con el mar que se va a cruzar, hasta que su permanencia se sienta como parte de la propia. Así la decisión de zarpar deja de ser un asunto privado. Donde Spinoza veía comprensión, Næss ve pertenencia, y el salto no se da *contra* el mundo, sino hacia dentro de él. Quizá por eso, ante el hielo que Weil deja ser y que Blumenberg teme nombrar demasiado pronto, Næss añade una pregunta más: ¿y si el hielo también tuviera su propio empeño de perseverar?

Peter Wessel Zapffe

Lo que sostiene al viaje

Para terminar, conviene volver al punto de partida y preguntarse de dónde sale el impulso de zarpar. Zapffe nació y creció en Tromsø, ciudad ártica del norte de Noruega, y fue escalador además de filósofo. En *El último mesías* sostuvo que la conciencia humana es un exceso que no sabemos soportar, y que para vivir ponemos en marcha cuatro defensas. El aislamiento aparta de la mente lo que inquieta; el anclaje se agarra a un ideal, a un dios o a un destino que da rumbo; la distracción llena la cabeza de tareas para que nunca se vuelva sobre sí misma; y la sublimación convierte la angustia en arte, en humor o en pensamiento. Visto así, el *conatus navigandi* tiene algo de las cuatro: la distancia aísla, porque lo que inquietaba se queda en el muelle; el destino ancla; el viaje distrae; y el relato sublima, y quizá este mismo texto sea una de ellas. Pero saber que zarpar también es una defensa no lo vuelve menos verdadero. Es la forma que tiene la conciencia de seguir navegando, a sabiendas.